

Fué al día siguiente, al llegar de Limón gentes extrañas, cuando la situación se fué al despeñadero. No venía míster Smith, que según me dijeron había caído enfermo y lo dejaron en el hospital de la Compañía. Venía un tal míster Gibson con el jelado de míster Sand. Mucho revólver, mucha altanería; y una guardia de veintitantos uniformes. Yo vide relumbrar tanto machete de una parte y vide relumbrar tanta arma de fuego por la otra, que allí no más me persigné para adentro y me dije: aquí va a haber bochinche. Y asina fué; a poco más, allá te va, se rompió el dique, ya los hombres salidos de sus cauces porque las autoridades habían empezado a maltratarlos, y hubo algunos golpeados, se hicieron bastantes presos, y los demás cogieron montaña. Yo me acordé de la negra Pascuala y sentí que aquella otra vez había dado en el clavo conmigo. Para esto no tenía yo alma. Como pude me fuí haciendo chiquitico, apoquitándome por ahí para que no me tomaran en cuenta, y apenas encontré un hueco me volví humo por él. Estaba caviloso y muy caído. Me estaban entrando la mar de dudas. ¿Qué vela tenía yo en este entierro? Yo no era liniero raso, claro que no, pero tampoco podía jalar los mismos bueyes con aquellos machos gritones. Cogí el revólver y le vacié los tiros. Llegué al comedero de la negra, mas ya no se hallaba ella allí. Me dijeron que se había metido también en la huelga, y andaba al frente de un grupo como todo un hombre. Hubieran visto ustedes el vergüenzón que se me entró por toda mi persona. Hasta la negra Francis, carambas. Con todo y las lenguonadas que se dejaba decir de los linieros.

Cuando a toditico aquello, que hubiera podido arreglarse por las buenas de haber mediado gana de entenderse con los muchachos, se le subió de lleno la sangre a la cabeza, y hubo ya hasta baleados, y se vió el desmán campeando y la barbaridad autorizándose a todo, no me aguanté yo mesmo un minuto más, pegué así brinco y me sacudí la albarda de encima. Me fuí a buscar a Verónico Ramírez. Sute que se hallaba por el Crique de las Ranas. Llegar hasta allá era arriesgado. Los hombres, ya les cuento, no estaban para bromas; hambrientos, perseguidos. De empezada, no me sirvió de mucho el pañuelo blanco que les mostré. Se me vinieron encima enseñándome los dientes. ¡Machetes los que espíé allí!

—Que se vaya a los infiernos ese viejo huelecucos de la Compañía.

—Qué diablos venís a hacer aquí, sapo vendido.

—Asesino.

—Verdugo.

Miré al negro Johnson, tan llevadero siempre. Miré al nica Canales, pendenciero, pero en el fondo buen hombre; y a Juan Méndez, el jorobado; y a Pedro Rojas, Felipe Sánchez, Bernabé Víquez, todos conocidos míos.

—Un momento, muchachos. Suelten ya los insultos. Vengo como amigo.

—No somos amigos, usted lo sabe — dijo Rojas.

—Quién quita que sí, hermano —le dije yo—. Quiero hablar con Verónico.

Y asina poco a poco se fueron amansanda, hasta que lo llamaron. Venía serio y demacrado. Digan que lo mesmo que un Cristo en el Calvario. ¿No ven que él era el de la responsabilidad allí? Yo no me anduve con entredichos. Fuí al grano:

—Verónico. Como se han puesto las cosas, yo vengo a jugármela junto con ustedes. También yo nací con la pata en el suelo. ¡Que se vaya al diablo la Compañía!

Allí entre el muchacho y este viejo de mí, si es que todavía quedaban nubes por lloverse, se limpió todito el cielo. Era, en verdad, apenas un chacalín de veintíun años. Se le empaparon los ojos, y me dió tamaño abrazo. Hubieran oído ustedes que gritaría se armó entre los linieros. A mí casitico se me hacen ampollas en la mano de tanto que me la estrecharon uno tras otro. Asina estuvo la cosa; ¡Qué les parece!

Alguna vez les dije que por algo yo, a estas alturas de mis años, no tengo más que lo que tengo ni soy más que lo que soy. Sabía que faltaba muy poco para que vinieran a sacarnos de allí a balazo limpio.

Ocho días más tarde, en compañía de los muchachos que no estaban heridos y de la negra Francis, nos vimos todos entre rejas en la cárcel de Limón. Allá llegó a saludarme el macho Smith en persona. No, si el hombre tenía sus lados débiles por donde le chorreaba su buen caldo de azúcar. Y, francamente, creo que no había estado tan enfermo, pues lo noté más coloradote que nunca. Seguro que lo que había hecho era zafarle el bulto al temporal de la huelga. Algunos nunca se mojan.

—Carachos, Mundo —me dijo—, de veras que lo siento. A mí se me poner que usted se iba a meter en esto. Yo comprender, amigo. Yo, muellero de joven, en Nueva York. Yo sentir, de veras. Yo no ser malo.

Hombre, qué bonito. Así quién no. Porque mientras a él poco después lo despachaban para Honduras, escaleras arriba con mejor puesto y sueldo redoblado, a mí me tocó regresar a mi nidal de San Jerónimo, desnudo como me había ido para La Línea, para volver a empezar. Y si no es porque a mi prima Eulogia se le ocurre morirse y dejarme el potero y las cuatro matillas de café, que por pegazón conmigo me legó en testamento, a estas tardanzas de mi vida no sé qué vientos peores me hubieran soplado ni qué otras historias les estuviera contando.

Y está bueno, está bueno. Yo sé que algunos linieros viejos todavía se acuerdan de mí —terminé diciendo Tata Mundo, y sonrió; luego agregó como para sí mismo:

—Hay veces que uno no tiene más remedio que portarse bien. Si no, después, ¿en dónde diantres escondería la conciencia?